

de Estado realizó en 1593, pudo lograr la soberanía indiscutible de toda Francia, posición que su grande actividad organizadora supo utilizar para vigorizar á su país en el interior y hacerle fuerte en el exterior, poniendo orden severo en la hacienda y en la administración toda, y fomentando y realzando la agricultura, la industria y el comercio. Merced á la amplia tolerancia concedida á la comunión de sus antiguos correligionarios, no solo restableció la paz interior en su punto capital, sino que, además, agrupó en torno de la monarquía á todas las fuerzas vivas de su nación. El fué el primer representante del moderno poder político, el primer soberano que sentó como base de la administración del Estado en

tolerancia religiosa que fuera de allí apenas admitían los católicos ni los protestantes. Aunque católico, no tardó mucho en presentarse como campeón de la idea protestante frente de la prepotente España católico-papista, á la que combatió aparentando, como era natural, que lo hacía por razones puramente políticas. Con la paz que con España firmó en Vervins en 1598, el mismo año en que su política interior se señaló por la publicación del edicto de tolerancia de Nantes, no abandonó su situación respecto de la política española, sino que quiso únicamente reunir fuerzas para hacer sentir más el peso de su posición. La muerte de Felipe II, acaecida el mismo año, si no destruyó la hegemonía española en



*Conferre turbare alicis forte agmine amicos
Si parat hostis atrox, noxam Sarrisa vetat.*



*10. An. can. 1593. 1593. 1593.
Fringere si murum gravem Hispania certo,
Impugnatis amicos Martia turba cogit.*

Los guardias del emperador Rodolfo II. (Continuacion)

Europa, por lo menos la conmovió en sus cimientos: en vez de la supremacía de España comenzó á asomar el dualismo entre España y Francia, que es la nota política característica de los quince años siguientes.

¿Qué posición ocupó dentro de estos antagonismos que agitaban al mundo el Imperio germánico, esa potencia que durante toda la Edad media y hasta el siglo XVI había sido, por lo menos teóricamente y en sentir de las gentes, el adalid de la Europa cristiana? Después de cuanto dejamos consignado acerca de la lenta, pero constante decadencia del Imperio, no causará extrañeza la afirmación de que desde aquella prodigiosa altura adonde había llegado descendió hasta ser poco menos que insignificante su influencia en las grandes cuestiones europeas. La deplorable debilidad de la situación del Imperio, hija de una división religiosa doblemente funesta en una nación confederada, pudo ocultarse al exterior por algún tiempo mientras el poder central, único existente enfrente de los Estados divididos, estuvo en manos de un soberano relativamente enérgico y con perfecta conciencia del fin que se proponía; pero toda la debilidad y la impotencia lamentables de ese organismo presa de la desorganización más espantosa manifestáronse con terrible evidencia el día en que las débiles manos de un Rodolfo II empujaron las riendas del gobierno. Fué una gran desgracia para

Alemania que en aquella época de una crisis europea de tanta trascendencia, en la que en todas partes donde había lucha se trataba de territorios alemanes y de intereses alemanes, los destinos de la nación estuvieran confiados á un hombre débil, indeciso y constantemente vacilante entre los antagonismos interiores y exteriores, á un hombre que en unos tiempos en que la fuerza de voluntad, la energía de acción y la firmeza de convicciones eran los primeros deberes de un soberano, permanecía en una inacción absurda que había de contribuir poderosamente á que adquirieran su completo desarrollo aquellos antagonismos interiores que no tenían un contrapeso ni un freno en el poder central. En el interior del Imperio sucedíanse los golpes terribles asestados por los dos partidos antagónicos contra los últimos restos de un poder central, sin que el emperador ni siquiera intentara intervenir con mano fuerte en ninguno de sus ataques, ni promover una reconciliación que concluyera con aquellos antagonismos. Y en prueba de este aserto bastará recordar la debilidad absoluta que demostró en una cuestión fundamental tan importante para el Imperio como la cesión de las fundaciones protestantes. Desde el momento en que se planteó, evidenciándose que esta cuestión había de estar siempre á la orden del día; que era imposible evitar que en la dieta hablaran los que de antiguo tenían derecho á hacerlo;

que era imposible acallar la voz de aquellos principados eclesiásticos que estaban en poder de protestantes, y por ende mucho más difícil exigir que los príncipes á quienes se arrebataban los derechos que la constitución les concedía se encargaran de hacer cumplimentar en sus territorios las decisiones de la dieta dictadas sin su cooperación. Era evidente que los protestantes, á la corta ó á la larga, si esta cuestión no se resolvía en una u otra forma, se verían necesariamente obligados á combatir la validez jurídica de las disposiciones legislativas decretadas por una dieta así mutilada, ó por lo menos á negarles fuerza obligatoria para aquellos que habían sido excluidos de los debates. Para los ad-

ministradores protestantes de las fundaciones religiosas era cuestión de vida ó muerte el no verse por siempre despojados de las atribuciones que el derecho imperial les reconocía, y en medio de aquella inseguridad jurídica comenzó á resentirse el orden y la firmeza de la administración interna de esas fundaciones. Puestas las cosas en este terreno, hacía de todo punto indispensable que el emperador interviniera enérgicamente en el asunto adoptando una resolución en uno u otro sentido; pero Rodolfo, en vez de esto, mostróse vacilante, inclinándose ora á uno, ora á otro expediente que pudiera sacarle de apuros, demostrando que le faltaban en absoluto valor y fuerza para adoptar una resolución



*10. An. can. 1593. 1593. 1593.
Fringere si murum gravem Hispania certo,
Impugnatis amicos Martia turba cogit.*



*10. An. can. 1593. 1593. 1593.
Fringere si murum gravem Hispania certo,
Impugnatis amicos Martia turba cogit.*

Los guardias del emperador Rodolfo II. (Continuacion)

sería. Y lo mismo que en esta hizo en otras difíciles cuestiones constitucionales, religiosas y políticas que exigían indispensablemente una solución que de no venir pronto por las vías legales había de obtenerse con seguridad por los procedimientos de violencia. Pero la característica de todo este reinado terriblemente largo fué la completa falta de energía, la ineptia para adoptar una resolución firme en todas las cuestiones importantes, así en las puramente políticas como en las personales que también influían de rechazo en la política. En prueba de ello ¡cuántos años no duraron las negociaciones entabladas entre Felipe II y Rodolfo para concertar el matrimonio de este con una hija del soberano español, la infanta Isabel! Pero era imposible conseguir que el emperador se resolviera al fin, pues no solo no daba un paso formal para que el proyectado matrimonio se efectuara, sino que tampoco podía lograrse que renunciara á él definitivamente. Y cuando Felipe II, después de transcurridos varios años en esa incertidumbre, se decidió á casar á su hija, que á todo esto iba perdiendo su juventud, con otro pretendiente, el emperador consideró esto como una ofensa inaudita que nunca perdonó del todo á la corte española. La oposición y la desconfianza que hacía la política española le animaron después y que no se compadecía con su situación po-

lítico-religiosa ni con el parentesco que á los Habsburgos españoles le unía, deben atribuirse no solo á la cuestión de sucesión, que tanto odiaba, sino muy principalmente al fracaso de su proyecto de matrimonio con Isabel.

¿Cómo podía esperarse una decisión firme en las cuestiones políticas de un monarca incapaz de adoptarla en un asunto que tan de cerca y personalmente le tocaba? Mientras á su alrededor rompíanse uno tras otro y en conmociones violentas los eslabones todos del organismo del Imperio, y mientras á la representación común de todos los intereses sucedía una lucha de partidos cada vez más desenfadada, el emperador permanecía en medio de estas rudas contiendas vacilante y sin fuerzas, inclinándose como oscilante caña ora á un lado, ora á otro, siendo bastante débil para decidirse por aquellos ó por estos, y demasiado débil también para intentar siquiera entre ellos una reconciliación.

Esta falta absoluta de pensamiento y de actividad por parte de su gobierno, cuya principal preocupación fué buscarle sucesor en vida, no debe atribuirse á la falta de inteligencia que después se hizo patente, sobre todo en el curso de su enfermedad, la cual degeneraba cada vez más en locura, puesto que los embajadores que algunas veces, aunque pocas, tuvieron la suerte de conseguir de él una audiencia,

alaban la claridad con que se hacía cargo de las más difíciles cuestiones políticas y con que profundizaba los asuntos. En realidad, estaba dotado de buen talento: sus ocupaciones y aficiones científicas y artísticas no se limitaban en manera alguna á los ensueños alquimistas y astrológicos en que



Armadura de gala del emperador Rodolfo II (Viena, Museo y Arsenal imperiales de Artillería) (1)

caían en aquel entonces hombres tan ilustres como Keppler, sino que tenía conocimientos profundos en materia de cien-

(1) Esa armadura de gala de Rodolfo II es una de las más hermosas que existen por su riqueza, por su ingeniosa disposición, por la factura perfectamente artística de su ornamentación y por la ejecución excelente de los dibujos repujados y con aplicaciones de oro: el dibujo de la misma hizo el pintor müniquense Cristóbal Schwarz (1550-1597). La coraza es de acero gris mate; las partes desnudas de las figuras son de acero bruñido, y las vestiduras y algunos de los adornos accesorios dorados. En el peto y en el espaldar están representadas las hazañas de Hércules, y en el centro de aquel se ve la figura de este, envuelta en manto de oro y apoyada en la clava. — La falda de esa armadura fué añadida posteriormente. (Datos tomados de Q. Leitner.)

cia y de bellas artes, y no hay que olvidar que él fué quien proporcionó á Tico-Brahe y á Keppler un asilo y los recursos necesarios para que pudieran llevar adelante sus prodigiosas investigaciones. Supo reunir en su residencia de Hradschin una magnífica colección de hermosas pinturas y verdaderos tesoros de inmensa valía desde el punto de vista histórico y artístico-industrial. Poseía también vastos y profundos conocimientos en punto á historia y á política; pero hay una gran diferencia entre conocer y apreciar bien las cosas y tener la voluntad que pone por obra lo dictado por el pensamiento, cualidades estas que difícilmente encontramos reunidas en un mismo hombre. En Rodolfo, una de ellas contribuyó sin duda alguna á borrar casi por completo la otra. Los estudios y los trabajos á que con tanta pasión se dedicaba en sus bibliotecas y laboratorios fortalecieron su inclinación natural á la soledad y á la abstracción, inclinación que fué aumentando á medida que su enfermedad se agravaba y que contribuyó poderosamente á inutilizarle cada vez más para el gobierno del Imperio. Muy pronto fué sumamente difícil para los embajadores de las potencias extranjeras, y después hasta para sus mismos consejeros, llegando al cabo á ser imposible obtener de él una audiencia. Durante semanas y meses enteros permanecía en su palacio sin presentarse ni una sola vez en público, por lo que de vez en cuando circulaba el rumor de que había fallecido y de que se ocultaba al pueblo su muerte para evitar trastornos. Dados este aislamiento y aquella enfermedad, ya se comprenderá cómo debían andar los asuntos ordinarios del gobierno, y sobre todo aquellos relacionados con la alta política. Había temporadas en que el emperador, encerrado en sus laboratorios, no quería oír hablar, durante semanas enteras, de negocio alguno, y cada día hacíanse más visibles en él las huellas de la melancolía que muy pronto debía convertirse en perturbación mental. El proceso de este estado morbooso recuerda en varios detalles la trágica suerte del desdichado Luis II de Baviera. Dícese que desde el año 1600 se observaron en él ataques periódicos de locura y de furor; pero entre uno y otro tenía intervalos completamente lúcidos, por más que durante esos períodos de salud relativa no se modificaban ni su género de vida, ni su horror á la gente, ni su aislamiento de toda publicidad, y su falta de dirección y de actividad no dejaban de ejercer funesta influencia sobre la marcha de los negocios públicos. Quizás los antagonismos cada vez más patentes en las dietas de fines del siglo XVI y principios del XVII hubieran podido por lo menos conciliarse hasta cierto punto con la intervención personal del emperador; pero ninguna razón, por poderosa que fuese, podía mover á este á tomar personalmente parte en las discusiones, para las cuales delegó su representación primero en su hermano Matías, y cuando riñó con este en el archiduque Fernando. ¡Y si siquiera esa delegación hubiera sido incondicional! Lejos de esto, el emperador quería reservarse la resolución definitiva, lo cual era causa de que después de los debates tuviera que sostenerse una interminable correspondencia entre la dieta y la corte de Praga; y, lo que es peor, nunca quiso el emperador adoptar una de esas definitivas resoluciones. Sin embargo de esto, consideró como grave injuria que España, la Curia y aun sus más próximos parientes, los archiducos de Austria, cada vez más convencidos de su incapacidad para gobernar, le aconsejaran con insistencia que nombrara en vida un sucesor que fuese hasta su muerte su natural representante. Sus actos de gobierno en los años siguientes estuvieron influidos por esa desconfianza y por la suspicacia y el temor de que querían despojarle de la dignidad de que tan elevado concepto se tenía formado. A pesar de su inacción y á pesar de que se reco-

no algunas veces incapaz para gobernar, ó quizás precisamente porque lo reconocía, quiso tener absolutamente el gobierno en sus manos, y cuando se creía amenazado ó lo estaba realmente, para demostrar su aptitud se apresuraba á hacer algo de su exclusiva iniciativa: no hay que decir que en estas manifestaciones de energía cometía errores altamente funestos. Así sucedió especialmente en los actos por él realizados en asuntos relativos á los territorios hereditarios que estaban bajo su inmediata administración y en los cuales existían análogos antagonismos, que exigían la misma intervención de una mano enérgica que los del Imperio en general. En aquellos como en estos dieron los más funestos

frutos la ineptitud y la vacilación continuas que caracterizaban la conducta del emperador. Por el mismo tiempo en que la secesión de los protestantes en la dieta de Ratisbona destruía la última institución imperial que aun representaba la unidad por encima de la variedad, las manos del emperador soltaban las riendas del gobierno en sus propios territorios hereditarios, en donde surgía un verdadero caos que ponía en peligro los fundamentos de la existencia del Estado. Quizás los acontecimientos que allí se desarrollaron influyeron no poco en el curso de los debates de la dieta de Ratisbona, de 1608, pues el hecho de haberse unido en esta por primera vez desde hacía mucho tiempo los protestantes



Fig. 11. A. de gloria. *Amplius quo pro meritis meritis laudanda; nonne pugnant reliquis strenuissimè prius.*



Fig. 12. A. de gloria. *Avertunt frandem mea symbola et hostis iniqui. Mijutos remouet cunctis hostes hostes.*

Los guardias del emperador Rodolfo II. (Continuacion)

del electorado de Sajonia con los dirigidos por el Palatinado electoral, debióse en primer término al temor que despertaron en el elector de Sajonia el curso de los sucesos en Austria, Hungría y Moravia, y las violentas tentativas de restauración que del modo más imprudente se realizaban allí enfrente del protestantismo. Aun para la evolución general del Imperio y para la exacerbación de los antagonismos en este existentes, tuvo tanta importancia el estado de cosas de los territorios hereditarios, que no nos es posible dejar de examinar con algún detenimiento lo que en estos sucedía.

LA REVOLUCION EN LOS TERRITORIOS HEREDITARIOS DEL EMPERADOR, Y CISMA EN LA FAMILIA IMPERIAL

A pesar de los enérgicos esfuerzos realizados por los Habsburgos para alejar al protestantismo por lo menos de sus dominios dinásticos, es decir, de los territorios austriacos, húngaros, bohemios, moravos y estirios, la nueva doctrina no tardó en penetrar en estos y en contar en ellos con un número cada vez mayor de partidarios. Carlos V no se hubiera mostrado nunca condescendiente con esos elementos protestantes; pero su hermano Fernando, á quien en vida dejó el gobierno de los dominios alemanes de la casa de Habsburgo y que á su muerte debía sucederle en el trono

imperial, con ser católico no menos celoso y ferviente que él, no era tan intransigente ni tan exclusivista como su poderoso hermano, y procuraba sinceramente evitar, con medidas conciliadoras y ligeras concesiones á los adeptos á las nuevas ideas, la destrucción total de la unidad de la Iglesia, sin por ello resolverse á reconocer por completo las doctrinas luteranas conforme se lo había pedido en 1556 una comisión de los Estados. Conocidas son las gestiones que hizo para tranquilizar á los protestantes, tratando de obtener del papa permiso para que en sus territorios pudiese celebrarse la Comunión bajo las dos especies; mostróse altamente conciliador y benévolo, y no rehusó confesar que eran justificadas algunas de las quejas formuladas por los protestantes contra la Iglesia católica. Convencido de ello, trabajó activamente cerca del concilio de Trento para que se procediera á una reforma interna de la Iglesia, y en vista de que su pretensión era rechazada por la asamblea, que solo se ocupó casi exclusivamente de discutir puntos dogmáticos, sostuvo serias contiendas con el Pontificado, que fueron causa de que por algún tiempo no se opusiera con entera energía á las innovaciones de los protestantes, los cuales pudieron ver de hecho garantizado el ejercicio de sus creencias aun cuando estas no estuvieran legalmente reconocidas. Aun fué mejor la situación de la parte de población protestante en